

ShiroDani

CAFÉ CON VISTAS



Pliegos de la Palabra 28



Primera edición:
Septiembre 2017

© ShiroDani

© Portada: ShiroDani

© De esta edición,
Asociación Cultural Babilonia.
Navarrés.
babiloni56@gmail.com
www.edicionesbabilonia.com
Coordinador: Paco Pérez Belda

I.S.B.N.: 978-84-946795-0-6

Depósito Legal: V-1331-2017

Impresión: Grafiarau, SL Xàtiva (Valencia)

Impreso en España. Printed in Spain

CAFÉ CON VISTAS

ShiroDani

PROLOGO

Hay poetas por todas partes, poetas de todo tipo y hay un único Dani Shiro. Dani es un poeta de la calle y de la vida, un poeta humilde que no se cree que es poeta y por eso escribe en renglones largos; por eso escribe sobre la belleza y sobre el dolor como pidiendo disculpas por hacerlo de un modo tan bello y transparente.

¿Y ahora qué hago yo para acompañarle en este librito nacido del AMOR? ¿Cómo explicaros cada pellizco de ternura que vais a sentir desde la primera página? Os adelanto que se van a remover vuestros cimientos, lo esencial, lo que todos llevamos auestas y lo que todos buscamos, sin embargo, fuera. Os adelanto que ninguno de vosotros se va a sentir ajeno. Al contrario, lo reconozca o no, va a sentir la emoción de la infancia, de la madre, del amigo, del hijo. Se va a reconocer en la soledad, en el vacío, en el dolor, en la injusticia y la desolación, a veces. En fin, va a sentirse interpelado como ser humano en lo que él llama su “batiburrillo”.

Dani Shiro se pasea por el día a día en actitud de monje que observa y agradece, a pesar de los pesares, un TODO que intuye y que le sujeta a la esperanza de encontrar en cada instante el sentido del siguiente paso. Y sigue creyendo, creando. Se instala en su oficina, ese “Café con vistas” y va escribiendo sobre un papel lo que la vida trae, como lo que deja la bajamar sobre las playas, a veces tesoros, a veces restos de naufragios. Dani, en realidad, no necesita ni prólogos ni epílogos porque es un continuo dejarse fluir y dejarse hacer por la vida que le ha tocado. Hoy, quiere compartir en este libro con nosotros, los lectores y los amigos que entenderemos perfectamente de dónde nace cada palabra y, sobre todo, a dónde nos lleva.

Begoña Abad

MIRAR

Se sientan cerca de mi mesa, pero fuera, en el patio habilitado para fumar. Entre nosotros un extenso ventanal. Ella se sienta frente a mí y la mujer que le acompaña de espaldas.

Ensimismado, la miro sin darme cuenta. Algo de ella me atrapa. De repente, inicia ella la ceremonia.

Extrae un cigarro con la punta de las uñas pintadas de rojo fuego. Lo extrae muy lento. Casi puedo escuchar el roce del cigarro mientras sale. Una vez fuera, lo coloca con un bello gesto en el peligroso borde de sus labios rojo sangre.

De una cajita extrae una cerilla. La enciende y la acerca al cigarrillo mientras le da pequeñas caladas con los ojos retornados, pero sin dejar de mirar.

La amiga ha ido al servicio. Nos quedamos así, mirándonos sin pestañear ambos.

Tras un tiempo, que creo interminable, retiro la mirada de ella para ver que el fuego de la cerilla se acerca peligrosamente a los dedos que la mantienen en alto y a la altura de nuestras miradas.

Le da una larga calada y a punto de quemarse, expulsando un fino, pero potente hilo de humo y seguro que sonoro, la apaga. Seguimos mirándonos, pero yo pestañeo. Ella deja caer el cadáver de la cerilla en el cenicero sin apartar la mirada de mí y sin inmutar para nada la mano.

¡Vale, me rindo! —me digo. Luego pienso— Has ganado. Lo he entendido.

Con un solo gesto rozo el ala de mi sombrero e inclino la mirada hacia el suelo dando por finalizado el duelo y firmando así mi rendición.

Volviendo la mirada al libro, me sentencio: *A la otra vuelves, tonto.*

Juro que ha sido sin poder evitarlo y, además, poco o nada importa ganar o perder...Lo importante, según dicen, lo verdaderamente importante, es siempre estar ahí, en ese momento.

Paseo por la calle tranquilamente bajo la lluvia y entro a mi oficina (la cafetería). Me apetece tomar rápidamente un café. No tengo mucho tiempo hoy, pero aun así decido sentarme.

Detrás de mí, dos chicos de no más de 16 años.

Uno le dice al otro: Mira, no te tiene que dar vergüenza decir te quiero a quien quieres y donde sea. A mí no me la da decirte que te amo. Olvida lo que has aprendido hasta ahora. El mundo en que vivimos no está hecho para nosotros, lo tenemos todo por construir. Ellas, las mujeres, lo hacen, hablan de estas cosas normalmente. ¿Por qué nosotros íbamos a ser diferentes? Tú eres mi novio y delante de nadie te tienes que esconder ni avergonzar. Nos amamos, todo lo demás no importa. Así que, nada de vergüenza y dime que me quieres. A mí me encanta oírtelo decir. A lo que el otro joven añade: Ya sé toda la teoría, pero me cuesta. Te prometo que lo intentaré... Oigo un tímido te quiero y el sonido de un beso.

Cuando me doy cuenta, se me ha hecho tarde. No llego seguro a la cita con el cliente, pero me voy lleno de ternura.

Estoy en la cafetería de Ferrocarril 1870. Hoy no está tan abarrotada de gente como de costumbre. Pasan de largo. Hay dos mesas ocupadas. En una hay una madre que le dice a su hija pequeña que se convierte en "rana" y yo no me giro por si acaso fuese cierto. La niña habla por un teléfono apagado, pero habla más y mejor que muchas personas que conozco. Dice que no funciona porque no tiene Wifi. La niña se llama Violeta (así la llama la madre) y tiene unos ojos grandes y azules. Me mira y tiene vergüenza. De mayor será preciosa, estoy seguro. Todos los niños lo serán, no como nosotros que seremos horribles, cada vez más feos, arrugados y enfermos.

Cuando llegue ese tiempo, me acordaré de Violeta y su madre "rana", de Gema, la camarera dueña de la cafetería que se ha soltado el pelo y está preciosa y yo le he dicho (como siempre hago) que no le queda bien.

Me acordaré de esta tarde, cuando se apaguen las luces del camino, cuando se termine la función, cuando me beba el último trago de esta botella de vino que tiene escrito en la etiqueta: VIDA.

Me acordaré de vosotras entonces, lo prometo.

Para Violeta, su Madre Rana y Gema.

Sentado al lado de la ventana de la cafetería, esperando el café y mirando al exterior, miras a la gente. Bien podrías amar a una de ellas o bien te podría amar una de ellas a ti con locura, como tú la amarías también; como si no os pertenecierais, pero sí.

En frente un banco. Podrías trabajar en él, ser el ordenanza. ¡No, pero qué digo!, ser el cajero y tocar cada día miles de euros. ¡No, tampoco!, mejor ser el director o, mejor de lo mejor, más aún, ser el dueño del ese banco o incluso el de todos los bancos del mundo.

Traen el café humeante. ¡Qué bien huele! Me sonrío la camarera. ¿Hay algo mejor en esta vida que un café y una sonrisa tan simpática, aunque sea ensayada, monótona y de costumbre?

Bebo un sorbo y saboreo su amargura. Me detengo detenidamente a pensar en esta palabra: "Amargura"... Pero sigo mirando por la ventana...

La gente pasea a sus perros. Yo lo hacía en otro tiempo, pero ahora no tengo perro. Quizá sería esa la solución, tener un perro y no deudas, ni problemas, ni dolor en alguna parte del cuerpo, o mejor aún, no tener esta edad y tener un perro y un futuro. Un perro que te reciba en casa al regresar, que te muerda las zapatillas y dulcemente uno de vez en cuando le regañe, que te despierte por las mañanas... Estaría bien tener un perro.

Por la calle pasan coches preciosos y pienso irremediabilmente en ella. Vieja, sucia, atada siempre, soportando el peso de las cadenas y a veces incluso a mí encima... pobre bicicleta. Vuelvo a mirar el banco. Debería atracar un banco y vivir lo que me resta de vida como rico, despilfarrando el dinero, viajando por todo el mundo, encontrar a alguien y ser como aquella pareja de delincuentes americanos que terminaron acibillados a balazos, vivir regalando a todos de todo y por nada.

Viene la camarera con otra de sus sonrisas y me dice que lo siente, pero van a cerrar y me deja la cuenta del café... se retira y sigue barriendo.

Cuando gire la cabeza salgo corriendo. No tengo el euro cincuenta que vale el café, pero hacía meses que no lo probaba. No he soportado la tentación. ¡Ahora!...

Lo he oído aquí, en mi oficina, ahora mismo.

Hay dos árabes que toman café y charlan, y en una mesa más cercana a la mía hay dos mujeres. De repente, oigo que una le dice a la otra:

¿Te has dado cuenta de la cantidad de moros que viven en Alaquàs?

Le contesta la otra, cargada de razón:

Sí, y esto es un sin parar. Cada vez vienen más. Claro, les cuidamos aquí tan bien que traen a toda su familia. Habría que hacer algo.

A lo que contesta la otra: Pues sí. Y encima no sabemos qué dicen. Igual hablan de nosotras o de un atentado y no nos enteramos. Y es que no entiendo esa manía que tienen todos de hablar en ese idioma tan raro.

Hoy no he traído libro a la oficina. De alguna manera me he sentido vacío por no llevar, como siempre, un libro en las manos. Al no saber qué hacer, mi oído ha hecho de las suyas.

Sin mi permiso (juro que sin mi permiso) se ha ido de mesa en mesa escuchando lo que la gente decía.

Y así es como me he enterado que José, el marido de la que hablaba despacito, no tiene ganas de sexo desde que se quedó en el paro.

Que el guardia local ese está por la que trabaja en esa tienda de la esquina y que por eso pasa como veinte veces por allí enfrente, por la acera, como patrullando, pero para verla.

Me he enterado de la marca (pecado original) de la ropa interior que usa la dueña de esa tienda porque le realza esa marca como ninguna otra la figura, y que desde que la usa, dice que se nota diferente, que cuando se hace la hora de cerrar, a veces se queda dentro con el marido, que ahora viene (antes no venía nunca) a "ordenar" el género.

Me he enterado de que cuando la morena que se sienta en el rincón pide un café con alegría, esa alegría es brandy y hoy ella le ha dicho al camarero que le ha puesto poca, porque hoy la necesitaba más que nunca por algo que ha dicho y he oído y no puedo escribir aquí.

He oído a un viejo quejarse de querer morirse ya, y a otro que no quería morirse decirle que al menos se espere a que le gane la partida que estaban jugando al dominó.

También he tenido tiempo de escucharme yo mismo y lo que he oído no me ha gustado nada.

Me he dado cuenta de que no me gustó tanto como pensaba. Que no soy lo que creía.

¡Joder...! Esta es la última vez que no me traigo un libro.

La poesía es anestesia y yo la necesito para mirar a la realidad de frente o mirarme yo así, tan de golpe por dentro.

Hoy la luz del sol no cae a lo bestia como en verano. Parece que está suspendida, flotando. Colorea todo, lo convierte en oro viejo. Salen los niños del colegio y ella, se posa sobre sus cabezas, dorando sus cabellos.

Uno de ellos, de la mano de su abuelo, quiere atrapar su sombra con la mano. Hay un perro tumbado en la acera que mira a su amo mientras le riñe, resopla y le estira de la cadena.

Veo a gente con bolsas de la compra, con mucha prisa, viejos con andadores que miran al suelo, un coche de policía que pasa, los obreros en el andamio, un niño que no deja de llorar, la furgoneta que pregona a toda voz que vende ajos, las mesas del bar abarrotadas de quintos, madres impacientes en la puerta del colegio, palomas que cruzan el cielo, la alcaldesa que me saluda con un correcto gesto de la mano y unas niñas que juegan al fútbol en la hierba.

Desde una ventana se escucha a Gardel, un viejo arranca una flor y la pone en su solapa y mientras alguien limpia una persiana, canta.

La luz sigue lenta y a nadie le interesa. Parece colgada, sostenida por no sé qué ni quién, cómo sin quererse marchar.

Extiendo mi mano, se posa sobre ella y me la llevo a la cara. Noto el leve calor de la vida.

Me paro, miro despacio el cielo con los ojos guiñados. Me ciega, dulcemente me ciega y los cierro. Al poco los abro y me marchó.

Yo sé que es un rincón mágico, he pensado. Señalándoselo con el dedo le he dicho: Ves aquel rincón, pues tiene poderes. Mi acompañante (no muy avisado, por cierto) ha puesto cara de incrédulo y se ha encaminado hacia allí.

Me ha preguntado que qué poderes tiene y que cómo lo sé. Le he mirado y he optado por decirle que era una broma. Enseñada ha quitado la mano que había puesto sobre la pared como para sentir algo.

He pensado en silencio que mejor pasaba de explicarle que allí un día, un joven había escrito un te quiero después de besar a su chica en la boca por primera vez un atardecer.

No le he dicho que cada noche el perro de mi vecino mea allí, en el mismo sitio, exactamente en el mismo lugar que lo hacía la perra de otra vecina a la que tuvieron que sacrificar hace un mes, y que antes de hacerlo, ladra unas cuantas veces con tristeza.

Para qué le iba a contar a este que allí se arrima a descansar cada anochecer María, una mujer que viene agotada de caminar con el concentrador de oxígeno y a veces mira el WhatsApp por si le han escrito sus hijos y si recibe alguno, le tiemblan los dedos y llora de alegría.

Cómo decirle que tiene poderes ese rincón, porque aunque yo nunca escribí ningún nombre allí, cada mañana, al asomarme a mirar el día, veo recién pintado tu nombre con tiza de colores. Y mucho me temo que no soy el único al que le sucede. Creo que hay alguna otra persona que, al salir a pasear con el perro, se dispone a caminar o simplemente pasa por allí, mira el rincón y sonríe. Creo firmemente que es porque allí ven lo mismo que yo, el nombre escrito de quien aman y que solo pueden verlo ellos, que tras sonreír secretamente comienzan a caminar, se marchan cada uno a sus cosas.

¿Cómo le explico todo esto a nadie?

Cruza la calle sin mirar. Se dirige en línea recta al bar. Un rótulo iluminado le reclama. Se sienta en una mesa y pide un café.

Desde ahí se escuchan ambulancias y el bullicio de gente contando historias de hospitales. Las de siempre. Las típicas. Mira a su alrededor lentamente y hace recuento de lo que puede ver desde allí: una placa con el nombre de una calle que está demasiado lejos para su aburrida vista. La calle llena de coches aparcados, y tan solo un hueco libre que un "gorrilla" ofrece a los coches que circulan por allí.

Un gran cartel y en él escrito "Urgencias". También el chorro incesante de gente con cuerpos cansados y tristes saliendo y entrando del hospital.

Un tipo que se queja a otro sobre el trato recibido por el personal médico y dice que les denunciará. Un rótulo que hace que su atención se detenga en seco, que se quede mirando fijo por algún tiempo. Y lo lee y relea una y otra vez: "Depósito de cadáveres".

Deja de mirar al rededor y se bebe de un sorbo el café sin azúcar y frío. Se levanta, cruza la calle y se dirige hacia el hospital sin mirar a ambos lados mientras en ese mismo momento pasa un coche con la música muy alta y dentro, unos jóvenes que mueven los brazos por fuera de la ventanilla al ritmo de la música. Él ni se gira cuando uno de ellos le increpa.

El coche se aleja y gira la esquina a toda velocidad. La puerta de urgencias se abre, entra y desaparece.

La única farola apagada de la calle se enciende, parpadea, y se vuelve a apagar... empieza a llover lentamente.

Felipe. Así se llama este hombre de poca estatura y cara de niño que a poco que le sonríes o le das un cigarro te cuenta alguna aventura de cuando era marinero o pescador.

La gente del pueblo asegura que jamás lo fue. Que le hubiera gustado serlo a causa de mirar demasiadas películas como aquella de Moby Dick. Que el único pescado que ha visto en su vida ha sido en la pescadería y el único mar, la playa de la Malvarrosa.

Me pregunta si le invito a un café, y accedo. Me mira fijo desde la mesa de al lado y me pregunta si alguna vez vi una sirena.

Para ponérselo difícil le respondo que sí. Que en una ocasión. Me dice que él también, que la vio y habló con ella en el Pacífico una noche mientras fumaba un cigarro antes de ir a dormir cuando era joven y trabajaba en un mercante. Dice que es una pena que en aquella época no hubiese móviles o cámaras de fotos. Que por eso nadie le cree.

Le digo: ¡Pues que se jodan! Eso es pura envidia nada más. Que yo le creo.

Me mira serio y me dice: Yo jamás la he podido olvidar y sé que no podrá ser, pero me gustaría terminar allí mis días, mi vida.

Le aseguro que le entiendo muy bien, porque después de mirar a una sirena a los ojos ya no puedes olvidarla.

Emocionado me da la mano y me dice: Lo sabía. Sabía que eras especial con solo verte ya de lejos. Pero te daré un consejo. Me dice despacio y con cuidado de que no le escuche nadie: No le cuentes a nadie que viste una sirena o se burlarán de ti y te tomarán por loco.

Mirad el cielo, hoy es gris. A ese débil, pero juguetón viento desde lejos le veo venir. Alborota los árboles. Balancea, pone nerviosos a los papeles de las mesas. Gira de repente y va decidido al campanario. Acaso será magia, pero tocan las campanas o las hace sonar él. Viene directo a mí, tan decidido que un poco asusta. Ronronea alrededor de mí y por fin, tras alejarse un poco, regresa y me golpea como algodón en el pecho, después se aleja.

Cómo me gustaría saber a dónde se dirige, a quién rozará, contra qué otro pecho chocará, con qué aves, mosca o insectos jugará, o si al final encontrará lo que busca, quizá a su amada, su hogar o su sitio para morir.

¿Quién será su amada, quien amará al viento?

No tengo defensa posible. Fui culpable y no lo niego. Fue entonces, en la época del sonido del afilador en la calle, el del escandaloso pregón por las defunciones y fiestas que anunciar. Tiempo aquel del toque del Ángelus y las horas anunciadas en el campanario. Tiempo de vender cobre y plomo en el chatarrero. Tiempo de escuchar el sonido de cascos de caballo y ruedas de carretas que se alejan al amanecer y regresan al atardecer por el empedrado de las calles.

Sí, fui culpable en aquel tiempo de chorizar en el campo panchas y patatas y hacer fuego en el solar y asarlas, de compartirlas con los amigos, de comerlas a bocados, con gula, con envidia y avaricia hasta chorrearnos la felicidad por la barbilla.

Soy culpable de hurto en menor grado, de sustraer "puromoros" de la "paraeta" y algún tebeo, una bici y petardos en fallas. Culpable y muy culpable de todos los besos que robé a las niñas. Incluido aquel a mi vecina, 30 años mayor que yo, y que ambos decidimos callar eternamente. Igual han prescrito estos delitos ante la ley, pero me siento culpable y merezco un castigo, no por aquello, sino porque juro que no me arrepiento de nada y si volviera a nacer, lo volvería a hacer mil veces.

(Sobre todo el beso).

¿Entonces ahora, cuántos años pensáis que me caerán?

Últimamente (y no entiendo por qué) ligo mucho. Muchísimo diría yo. Por ejemplo, ahora mismo. Me siento en la mesa de mi oficina y nada más pedir el café, ahí está. Piel morena. No muy alta. Pelo negro. Ojos oscuros y grandes. Guapísima hasta la exageración. Vestido rosa con corazones. Me mira con la mirada inmutable y de vez en cuando me sonrío de una manera pícaro y sin venir a cuento. No la conozco de nada. Me hace señas con las manos ahora mismo. En una mano tiene el móvil y con la otra toca la pantalla. ¿Qué querrá decirme?

Intento no hacer caso. Me pongo a leer como si nada sucediese. Miro por el lado del libro al pasar las páginas a hurtadillas y... ahí está, sin quitarme el ojo de encima. ¡Joder, así no hay quien lea! Al final me entero que se llama Sofi porque el camarero al pasar le dice: ¡Hola Sofi!» ¡Lo que me faltaba! Es un nombre precioso, como su cara y esa forma de mirar no sé qué hacer. A escondidas le hago una foto para ponerla en Facebook, para que todo el mundo vea que es cierto que ligo, porque ¿de qué sirve ligar si no lo cuentas después?

Al final, decido ponerle ovarios al asunto y averiguar por qué me mira así. Me levanto. Me acerco y le pregunto a su mamá por qué me mira de esa manera tan bonita la niña.

Me dice que con tan solo ocho meses cautiva a toda la gente con la mirada.

—A ti, seguro que te mira así por el sombrero, porque cuando le dejo el móvil no hay otra cosa que le llame más la atención. ¡Seguro que es el sombrero! — me vuelve a repetir.

Me da igual lo que su mamá diga, sé que he ligado.

Regreso a mi mesa pensando en ella, en Sofi, y le digo mentalmente: Lo siento Sofi, te esperaré, pero no creo que, por muy rápida que vayas tú o yo te espere, lleguemos a tiempo para tener una cita. Ha sido un placer. Le saludo y me saluda con la mano mientras se marcha subida en su carro.

Será quizá morir como mirar a lo lejos mientras esperas el café. Quizá será desaparecer sin hacer ningún movimiento e irte suave.

Será como ir paseando por un bosque y de repente quedar todo quieto, como si un lienzo.

Será que espero algo sencillo, nada importante ni grande. Sin que nadie se dé cuenta estaría bien. Nada solemne, sino divertido.

Será como quedarse dormido en un tren, sin enterarse, al reclinar la cabeza sobre una ventana, o será como estar en brazos de quien siempre amaste y escuchar de sus labios un "Te quiero" a cámara lenta, pero que no llegas a oír nunca el final.

¿Será eso morir?

Sueño con asomarme al precipicio de mi cama y alguna vez ver allí abajo mis zapatillas acompañadas de otras. También estaría bien ver mi ropa interior por el suelo hecha un lío, amontonada junto a la ropa interior de una mujer.

Ir al cuarto de baño y no ver la misma soledad del cepillo de dientes, apoyado en un lateral del vaso como si de un marinero melancólico o mareado a punto de vomitar se tratara. Me haría ilusión, al limpiar mi cuarto a fondo, encontrar algún pendiente de mujer perdido en algún rincón desde aquel día que tantas vueltas dimos juntos en la cama o en el suelo.

No imagináis las disculpas y excusas que tengo que inventar y decir a todas mis cosas al ir a usarlas y sacarlas de sus cajones cuando me dicen que se encuentran solas y les gustaría de una vez no estarlo. Dicen ellas, mi cama, el cepillo, las zapatillas, la ropa interior, todas esas cosas, que: o pongo remedio o harán huelga de utilidad y que dejarán de ser útiles.

Dicen que haga algo pronto, o que me atenga a las consecuencias.

Hoy, para mí, expresamente para mí, el débil y cansado viento apiló flores en un oculto lugar. Las regó con ternura la lluvia, no mucha. Mis pasos hoy me llevaron hasta allí sin premeditación y quizá un pequeño pájaro llamó mi atención para que las mirara y así me conmoviera.

Allí, hace mucho tiempo, cuando niño, alguien me dio un beso y me asusté, y salí corriendo.

Nada ocurre por nada. Voy a pararme un poquito porque a veces, no muchas, la belleza te roba el privilegio de respirar y te elige como víctima. Y yo ahora, muero de placer y vida.

A unos pocos metros nada más, pero a 80 años de distancia, una madre regaña a su niña que ha perdido un zapato:
¿Cuántas veces te he dicho que no arrastres los pies, que no los saques del carro?

Y cerca, muy cerca, una hija le dice a su madre cogiendo sus pies con sumo cariño y volviendo a colocarlos sobre el reposapiés de la silla de ruedas:

Mamá, si los descuelgas te harás daño. Déjalos quietos así.

Unos pocos metros adelante, ambas vuelven a arrastrar los pies.

SENTIR

Algún día, ya de niña, oirás hablar de mí. Me conocerás aunque no del todo. De mayor, y de una forma extraña, me extrañarás y, a partir de entonces, algo de mí te enamorará, pero será por siempre un secreto. Siempre estaré en ti, lo quieras o no y al final aceptarás que tarde o temprano tendremos algo, aunque sabremos que no será para siempre.

En las malas épocas me recordarás. Pero, sobre todo, cuando estés triste y en los momentos más dolorosos será cuando me echarás más de lo que imaginas de menos. Entonces, yo no te haré caso. Estaré cerca de ti muchas veces sin que lo notes. Estaré pegado a ti en muchas ocasiones, pero no te lo haré saber. Me gusta mucho verte, aunque no te tenga jamás, aunque no te abrace como a mí me gustaría hacerlo.

Como te decía, llegará un día en que ese día será el más importante para ti, el más importante de tu vida, y nos veremos cara a cara y entenderás todo lo que ahora te intento contar. Me darás la mano. Yo te abrazaré con un abrazo como jamás nadie te habrá abrazado antes. De la mano pasaremos sin prisa y, disfrutando del momento, iremos hacia ese lugar que sabrás desde siempre y del de donde no querrás regresar. Será nuestra última cita, la última tuya porque a mí me estará esperando otra persona. Porque este es mi trabajo y no puedo evitar enamorarme de quien tengo que acompañar hasta su final y despedirla para siempre.

Este que te ama a su manera y jamás te olvidará,

Firmado:
La muerte

A ver: Si creyera en todo eso te diría que me haces REIKI con solo acercarte, que me trastocas las CONSTELACIONES, que, al mío, le encanta tu KUNDALINI o que los colores de tu AURA me sanan.

También podría decirte que me RECONECTAS con el universo y esas cosas, que me gustaría MOXIBUSTIONARME, OLIGOEMBARDURNARME y leer todos los registros AKÁSHICOS del universo contigo, muy juntitos.

Te diría que me mola mirar las líneas de tus manos y al no entender nada, hacer como que entiendo. Que adoro todo lo tuyo, pero lo que más, tu FENG SHUI.

Te contaría que me hipnotizas y me dejas HO'OPONOPONO cuando te veo caminar.

Te diría todas estas cosas, pero mejor te digo qué me gustas, y me entiendes antes.

Pues eso. Que ya está.

El amor son dos gentes, dos náufragos en un mar abarrotado de tiburones. El amor es esa isla con solo dos habitantes pero que después, al poco, irán llegando no se sabe cómo las familias, los amigos, un montón de mascotas, sus peluches, todas esas llaves, los móviles y las cosas antiguas, compañeros de trabajo, exnovios, manías y alguien que pasaba por allí y será un nuevo vecino.

El amor es un país donde vivían dos, pero que, aunque no están, muchos, demasiados, intervienen y mandan más que uno en todo.

Dicen que el amor es cosa de dos, pero en verdad es de cien que, aunque no están durante a la firma del contrato, en el beso o la promesa, si estarán todos y alguno más, en la despedida, en la fiesta final, en el último adiós.

No era un escritorio al uso, sino la tapa de algún mueble usada como mesa. Lo recuerdo en mi casa desde siempre. Estaba muy desgastado y sobre la tapa había letras y palabras marcadas, hechas seguramente en momentos de aburrimiento al hacer los deberes o en los que me quedaba por un instante pensando en cualquier cosa.

Pasar por la superficie de esa madera la mano ahora, 40 años después, y especialmente sobre esas marcas, me ha hecho recordar una tarde muy especial...

Escribía una carta de amor. En ella hacía saber a quién iba dirigida que entendía bien que lo nuestro era un amor imposible. Intentaba decir sobre un papel lo que no me atrevía a decir cara a cara.

Al terminarla, la metí dentro de un sobre con su nombre y le puse colonia de mi hermano. La mía era demasiado infantil. La guardé en la cartera del colegio y, al terminar de beberme el vaso de leche, me fui corriendo. La tuve en el bolsillo todo el tiempo, pues no encontraba el momento de dársela sin que nadie me viera. Se acercaba la hora de salir y la carta aún estaba en mi bolsillo.

Era el último día de colegio y pasaría mucho tiempo hasta que volviésemos en septiembre e incluso, seguramente, no iría con ella. Tocó la campana de salida y los nervios se apoderaron de mí... Me empezaba a dar vergüenza mi cobardía. ¿Qué podría pasarme? Total, no es nada malo declararse y encima podría ser que dijera que sí, aun sabiendo que había muchas cosas en contra... (Sí, así de iluso era). De repente, se me ocurrió una idea.

Ya no había casi nadie en la clase. Solo quedábamos unos pocos niños corriendo por las mesas. Me acerqué a donde estaba ella recogiendo sus cosas y le dije:

A alguien se le ha caído este sobre al suelo y como tiene su nombre, Señor, imagino que será para usted.

Se la dejé sobre la mesa y salí pitando de allí por si la abría.

Estaría bien que en un futuro, una vez al menos, coincidiéramos en algún lugar. Que tuviera una ventana ese sitio por la que se viera nevar o incluso fuese en un parque donde hubiera muchos árboles. Estaría muy bien. No importa si cerca de donde vivas tú o al lado de donde viva yo.

Sería maravilloso que nos dejaran solos por un rato; que mirándote y sin hablar, yo te diera las gracias por lo felices que fueron aquellos días.

Que tú mirándome y también sin decir palabra, pensaras que te digo: Se está bien aquí verdad. Me alegro mucho de verte.

Me gustaría que nos cogiésemos de la mano. Que todo sucediese en silencio.

Estaría muy bien que así, sin entendernos siquiera, callados, a ambos nos juntaran por sorpresa nuestros hijos. Que nos dejaran mirarnos, que a los dos se nos escapase una sonrisa, un gesto, un brillo en la mirada y sin saber por qué nos acercáramos y nos diésemos un beso.

Estaría bien que esto sucediera, sin importar la edad que tuviésemos; estés donde estés tú o viva donde viva yo alguna vez cuando seamos viejos, muy viejos. Antes de que giremos la última esquina. Antes de que nos veamos y no sepamos siquiera quien somos.

Según me decía ella, era el niño que más lápices gastaba, al que más se le rompían las puntas y al que más veces ella, en toda su vida, le había sacado punta a los lápices. ¡Vas a arruinar a tu madre!, me decía.

Tenías que levantar la mano y, tras decírselo, te daba permiso y te acercabas. Allí, a su lado, en ese mismo momento, le sacaba punta al lápiz con la mina gastada o rota.

Estaba prohibido tener saca puntas. Los niños de entonces con el sacapuntas hacíamos redondas las esquinas de los pupitres. Le quitábamos la cuchilla y hacíamos grabados en todos los sitios.

Cada vez que levantaba yo la mano, ella exclamaba: ¡Otra vez, Danielito!

Nunca se lo dije ni ella lo adivinó. Nunca sabrá las veces (creo que todas) que yo rompía la mina del lápiz a propósito para ir a su lado. Para olerla, para sentir la tela de su vestido, para mirarle el escote y a veces, si había suerte, para que me diera una colleja cariñosa y así me tocara el pelo mientras me decía: Ya está. Siéntate a ver si esta vez te dura más.

Recuerdo aquella vez que sonaron las sirenas y que como las otras veces todo el mundo corría hacia el refugio.

Nunca olvidaré su mano. Nos sentábamos conforme entrábamos. Siempre tenía al lado a mi padre y a alguno de mis hermanos. Pero esa vez fue diferente.

Nunca olvidaré el color de su pelo en la penumbra.

Me senté entre mi hermano y ella. Aunque todo estaba muy oscuro, supe que era una mujer mucho mayor que yo y que estaba muy nerviosa. Creo recordar que estaba sola. Cuando empezaron a sonar las explosiones su cuerpo pegado al mío temblaba, casi saltaba. No recuerdo qué número de explosión fue, aunque siempre las contaba. Esta vez dejé de contar cuando noté como su mano cogía la mía y la apretaba. A cada explosión la apretaba más y yo deseaba que no pararan. Ese día no sentí miedo. Pensé que aquella era una bella forma de morir. No me atreví a mirarle la cara por si ella notaba lo ruborizado que yo estaba. Nunca olvidaré su olor.

Cuando terminaron las explosiones, y al tiempo, sonó la sirena de fuera de peligro. A ambos nos costó separar las manos. Solo lo hicimos cuando mi padre me dio un fuerte tirón.

Nunca olvidaré su mirada.

Jamás la volví a ver en el refugio ni en la ciudad. Y eso que la busqué con la mirada, y eso que la sigo buscando aún 50 años después.

Nunca olvidaré aquella guerra, ni a aquella mujer.

Quién mejor para hablar de amor, de su ternura, que un panadero. Quién lo entiende mejor o más que sus manos.

Quién mejor para explicarlo que quien nunca lo tuvo o quien fue quemado en esa hoguera sin fuego.

Quién mejor para decirlo que quien nunca, aunque encerrado, vio paredes o muros y siempre pintó aves y cielos.

Quién mejor para ello que quien, aunque exento y olvidado de todo, cada día sale a la vida y con manos de seda hace un hueco en la tierra, introduce una semilla y constante la riega.

Qué existe más parecido al amor que esa flor plantada por un exiliado del amor, que tendrá ese especial olor.

Quién entiende menos o nada de amor que el pie que pisa una flor o la mano ingrata que de cuajo la arranca se marcha y la olvida.

Quedó perfecta aquella ensalada, aquel día tras aquel suceso con unas cuantas lágrimas. Con la soledad de unos trozos de lechuga y un tomate cortado en cuatro trozos. Con la mancha de sangre en el plato y un dedo con esparadrapo con un pequeño corte. Con el insulto lanzado al viento cuando el despiste. Nunca ninguna otra procuró tanto ardor en un solo bocado, ni estuvo tan salada, ni terminó así, tan pronto, tan perfecta, en la basura.

Que te corte en pedacitos y los esparza por donde vayas, la duda. Que te pese hasta aplastarte, el rencor. Que te visiten cada día los celos y la envidia y la amargura. Que te olvide incluso el recuerdo. Que te deje solo, te abandone la melancolía. Que te persiga y te alcance y no te deje tranquilo jamás la soledad.

En fin, que te aprecio mucho, aunque no te lo diga y no te lo demuestre nunca.

¡Ah! Lo olvidada, que te borren todas tus amistades de Facebook y el WhatsApp, menos el cretino ese que tanto te fastidia y esas que espían tu muro cada noche para reírse de ti, de tus fotos y de tu infelicidad.

Si eso, ya nos vemos y me cuentas qué tal te va.

Cuando puedas y sin prisa, que para lo que me importas.

RECORDAR

Me recuerdo a mí mismo sentado en un asiento de madera. Es un tranvía destartado. Voy como cada día de la mano de mi madre a Valencia. Yo al colegio y ella a trabajar a la clínica. Me fijo en la gente agolpada, apretada. Miro atentamente las manos de un hombre, rudas, agrietadas por los pliegues que son heridas abiertas. Recuerdo aquel olor a ropa rancia y sudada a las 7 de la mañana. Recuerdo que, para soportarlo, apoyaba mi cara en las manos de mi madre, para que aquel olor perenne suyo a lejía me salvara.

Al bajar en Guillen de Castro siempre me quedaba parado, como pegado al suelo, inmóvil, imposible de mover y mirando cómo se marchaba aquel tranvía. La obligaba a quedarse allí parada conmigo hasta que se perdía en una curva la única luz circular encendida del tranvía.

Aguantaba así hasta que ella, de un tirón violento, me arrancaba del suelo y casi volando me cruzaba la calle para entrar en el colegio.

Cada día soñaba que mi cuerpo se marchaba con aquella luz del tranvía y lo que se quedaba en aquel triste colegio, de la mano de mi madre, no era yo, sino otro.

Allí, en aquella época, descubrí que por mucho que decían que sí se podía estar en dos sitios a la vez, era mentira. Ni eso, ni elegir el sitio donde deseaba estar uno, por lo menos siendo un niño, pero mucho me temía entonces por lo que veía, que de mayor tampoco sería. Mucho menos poder elegir el sitio donde vivías o a tus padres.

Conozco a un tipo con una mala costumbre que le persigue desde niño y creo que le perseguirá hasta la tumba, o incluso después. Nadie se la enseñó según me dijo o que él recuerde. Dice que quizá la aprendió indirectamente de sus mayores. Se refería a la manía de hacer cosas por el mero placer de hacerlas y en contra de lo habitual y lo "normal".

Hacer cosas como estudiar por conocer, aprender por el lujo de saber. Trabajar por el hecho de sentir el esfuerzo recompensado y la satisfacción de uno y la más hermosa felicidad de sentirse útil (y por esto, encima le pagaban me dice, no mucho, pero algo le pagaban).

Enseñar por conocer y compartir sin cobrar por ello. Dar sin pedir. Y amar, amar sin medida y de la mejor forma que sabe sin pedir nada a cambio, a veces ni siquiera amor. Juro que nunca me crucé con un tipo tan egoísta como él. Porque quien hace todo por dinero o por una recompensa material es una persona responsable, seria y para todos es como Dios manda y debe ser. Pero si lo hace por satisfacción, por una recompensa moral, por solo aprender y disfrutar, por crecer como persona, es un loco, un elemento a vigilar, un inmaduro y, seguro que, en el futuro, será un pobre para nada rico, pero sí un rico pobre en nada.

A mí me cae bien ese tipo, de hecho, es mi mejor amigo y le quiero como a nadie y siempre siempre, me acompaña, está conmigo, en mí.

Vamos, que le quiero mucho, aunque siempre me toca pagar a mí los cafés y pedirle perdón si nos enfadamos; pero a cambio él, me dicta poesías y textos que yo escribo y firmo con mi nombre. Sé que a él no le importa. Como ya he dicho, es mi amigo. Creo que hacemos una muy buena pareja.

Dedicado a Ester y David, mis hijos que son así.

Mira, madre, menos mal que no estás aquí, porque ahora mismo el orgullo me dolería demasiado. No sabría cómo decirte lo que ahora te voy a escribir.

Son las seis y cuarto de la mañana y camino solo por la calle. De repente recuerdo que hablaba el otro día con tu nieto sobre las fotos que todos hacemos a nuestros hijos con algún rey mago con toda nuestra ilusión y que con el tiempo todo hijo un poco la odia o se avergüenza.

Recuerdo ahora que muchas veces he estado a punto de hacer mil pedazos la mía, pero que otras tantas me he alegrado de no hacerlo. Esta vez es una de esas. Y me alegro de no haberlo hecho, porque hoy te diría, si vivieras, (o quizá no pudiera porque era difícil hablar contigo) todo lo que ahora siento con una sola palabra: batiburrillo.

Sí, ya ves qué cosas piensa mi cabeza bajo un sombrero (porque madre, llevo sombrero) y a estas horas.

Batiburrillo de sensaciones. Porque odio y estoy orgulloso de parecerme tanto a ti. De darme cuenta conforme pasa la vida, que me parezco en lo esencial cada vez más a ti y me jode y me gusta.

Batiburrillo de recuerdos tristes y agradables, como los que me trae esa foto, o verme en ti tan reflejado cuando ibas a todos los sitios caminando. Ya te digo madre, me jode y me gusta.

Batiburrillo de agradecimiento y rabia, de luces y oscuridades, de querer darte las gracias y no saber cómo ni siquiera ahora que no estás.

Batiburrillo por las ganas de abrazarte y apartarte bruscamente de mí. Ya ves, te daría los abrazos que no nos dimos y te diría en todo lo que creo que te equivocaste y que yo al igual que tú, al igual que todos los padres, me estoy equivocando ahora y antes.

Te diría que te quiero y a veces que te he odiado, pero sería todo mentira y verdad. Sería a medias y enteramente cierto. Y

mira, lo mejor que se le ocurre a está cabeza a esta hora en que hace un frío de cojones es escribir en el aire la palabra bataburrillo.

En fin, me guardo el móvil que los dedos se me empiezan a poner tontos.

Mis mejores poemas los escribí sin letras, sin escribir. Además, los hice en colaboración con una mujer (como todo lo hermoso que un hombre puede llegar a hacer) que tampoco escribía. Éramos tan jóvenes y sin saberlo poetas...

Se llaman Ester y David. Los podéis leer de un simple vistazo si os los encontráis en cualquier parte; quizá en un cine, paseando por la calle o como anónimas sonrisas que al cruzaos con ellos os regalarán porque sí, así, sin más.

Los distinguiréis por su compromiso con la vida, por su sincero afecto, por su ternura o su valentía si llegara el caso.

No necesitan prólogo ni epílogo, ellos solos, como poemas, se bastan para si los conocéis, si les leéis el corazón o si les miráis a los ojos, que podáis entender lo buena gente que son.

Verdadera poesía. Ellos son un poema ni muy largo ni muy corto, pero un poema hecho a dos manos y dos corazones con mucho amor.

Ellos son mis dos mejores poemas inéditos, incluidos en mi mejor antología, dos gentes maravillosas, dos almas libres al viento.

Ellos son pura poesía. Mi mejor poesía.

Para Maribel, Ester y David

No sé por qué lo recuerdo ahora. Fue surcando el río más largo del mundo. El más enigmático. Lo recuerdo hoy, ahora mismo que el sol se está marchando y deja a su hermana la luna vigilando desde el cielo y cubriéndonos con su frescor.

Lo recuerdo como si fuese ahora. Salí a la cubierta del barco para ver el atardecer del Nilo. El aire era caliente, pero agradable. A derecha e izquierda, una estrecha franja de verde y pocos metros más allá, el desierto.

Miré hacia donde nos dirigiáramos entornando los ojos, como si lo pudiera ver allí en el horizonte. Al día siguiente, al despertarnos, iríamos al Valle de los Reyes. Imaginé ser el faraón Tutmosis navegando el río. Fue agradable ese instante, pero aún fue mejor cuando majestuosa apareció mi hija Hatshepsut y se tumbó en su hamaca dorada. Osiris estaba allí, diciéndonos hasta mañana tras las dunas del desierto mientras las estrellas, millones de ellas, se despertaban y alegres temblaban.

Pero rompió el encanto mi hija que de repente paso de ser Hatshepsut a ser Ester, diciendo: ¡Joder con el Nilo, cuantos mosquitos hay!

No sé si lo he dicho, pero de niño, en mi casa y desde que lo supe, (desde muy pequeño y que lo ocultaba pues a ella le hacía más ilusión que a mí) desde entonces, nunca entró ningún Rey Mago. Es más, cuando los veía en la cabalgata, me irritaba sobre manera. Creía que los adultos nos tomaban el pelo. Que se burlaban de todos los niños.

En mi casa, en los días como ese, había lo clásico: calzoncillos, calcetines, algún escaso dulce y algún año que otro cualquier pequeño y barato juguete. Estoy muy, muy orgulloso. Más de lo que digo. En mi casa siempre y nada más hubo Reina Maga. Bueno, más que Maga (sé todo el sacrificio que le costaba, incluso iba caminado sin coger el autobús por ahorrar algún dinero después de trabajar) como decía, más que Maga era Gloriosa, Maravillosa y Sencilla. Sin esas horribles barbas y trajes tan feos. Ella era bonita para mí con su ropa raída por el uso y sus viejos zapatos. Hasta casi el final de sus días siempre fue (últimamente más gruñona) mi Reina Maga preferida y siempre nos tenía un sobre con dinero que ahorraba de su escasa pensión.

Por eso, mis más sinceras felicitaciones para todas las "Reinas Magas" del mundo. Ellas son así, sencillamente maravillosas, y sé que, como ellas, a la fuerza o por cualquier motivo, las hay en todos los sitios, y muchas.

Felicidades.

Para Francisca Castillo Peláez (Mi madre)

Llegó el día señalado y estábamos expectantes alrededor de la mesa cuando abrió la puerta. Los nervios y las ansias por saber qué es lo que había comprado con tanto sacrificio nos comían las entrañas. Creo que mi madre no sabía lo que era o lo disimulaba muy bien, aunque ella siempre confió en él, en su maravilloso y extraño sentido de la felicidad.

Entró en la cocina lentamente portando algo liado en papel de periódico sobre las manos. No podíamos imaginar qué era por la forma ni por el tamaño. Lo dejó lentamente sobre la mesa.

La escasa luz nos deslumbraba, intentábamos indagar uno en la cara del otro qué podría ser aquello. Nadie dejó de tener los ojos exageradamente grandes, nadie sonrió.

Con un hermoso gesto le indico a mi madre que lo abriera. Lo empezó a desliar también muy despacio. ¡Dios! cómo deseaba que ese tormento terminara y poder ver qué había adentro.

Cuando todo el papel quedó hecho una bola al lado de aquello, no supe adivinar qué era, pero por Dios que era hermoso. A mi madre se le dibujó en la cara la sonrisa más bella que jamás le pude ver. Cogió como si de un pequeño pájaro se tratara aquel extraño trasto y lo puso sobre el estante donde hasta hace dos días había fotos de los parientes que ya no se encontraban entre nosotros. Lo cierto es que esto era mejor que aquellas tristes fotos.

Le colgaba un hilo negro que mi madre introdujo en el mismo sitio en que yo tiempo atrás metí las tijeras y me quemó los dedos. Estuve a punto de decirle: ¡Ahí no, que sale fuego! pero no dije nada para que no me lloviera una colleja. Al poco se acercó mi padre y con dos dedos hizo la magia: giró una rueda de las dos que tenía el chisme aquel y se encendió una tenue luz. Entonces, ocurrió el milagro... Empezó a sonar una dulce música que jamás olvidaré. Ellos se abrazaron y dieron vueltas al son de la música en el comedor. Me quedé mirándolos durante todo aquel maravilloso tiempo. Jamás vi a mi madre tan

feliz. Al poco soltó mi madre a mi padre y me abrazó a mí y dimos vueltas como antes hicieron ellos.

Miro esta radio ahora, cincuenta años después, y sé que esta historia es inventada, como otras tantas por un niño mayor que se resiste a que esta no sea la verdad y sabe que no lo es, que sí lo fue la otra, aquella historia de una triste radio que fue testigo de tristes tardes en una triste casa donde vivía una madre triste y su hijo, escuchando tristes canciones alrededor de una mesa redonda con un hule amarillento y cuarteado con un mapa de una triste España, eso sí, grande y libre como tanto repetían en las noticias y en el colegio.

Recuerdo uno de tantos días que "obligatoriamente" iba a visitar a mi madre. Recuerdo que cada vez era la misma historia. Recuerdo especialmente ese día. Ella me repetía que la semana pasada no había ido a verla. Que se quería morir porque, qué hacía ella ya en esta vida sino molestar. Que le dolía el hombro a todas horas y que la otra noche estuvo a punto de morirse de lo mala que se puso y no nos llamó por no incomodarnos. Que un día iremos a verla y la encontraremos muerta. Que a ver cuándo traía a los hijos de mi hermano para que los viese, que se moriría y no los podría ver.

Así cada día que venía. Cada día lo mismo.

Mientras hacía como si la escuchara, miraba a través de la vieja ventana de madera repintada de barniz mil veces. Ese día llovía lentamente. Mientras ella soltaba toda la letanía yo solo pensaba una cosa: ¿Cómo le podría decir, hacerle ver lo hermoso que es ver llover, el regalo que eso es? ¿Cómo le podría explicar lo que se siente? ¿Cómo?

Ahora lo entiendo. Éramos egoístas los dos y hablábamos diferentes idiomas. Que ella, en su idioma, me decía: ¿Cómo le explico lo que se siente? Lo que es estar sola y necesitar cariño y no saber pedirlo.

¿Cómo para entendernos...?

ESPERANZA

Empezamos por vallar los parques y los colegios, teníamos la experiencia, más de la mitad de la población mundial eran presos. Lapidamos nuestras puertas y ventanas. Alzamos muros infinitos de un país a otro país. Pusimos afilados pinchos y electrificamos los coches que no podíamos usar. Comenzamos a morir de hambre en nuestras seguras casas y nuestros blindados países. Atesorábamos el oro y el dinero sin haber nada que comprar. Quisimos ampliar nuestros hogares, países y mundo, y lo hicimos. Rodeamos todo nuestro planeta con alambre de espino electrificado.

Al final lo conseguimos:

Teníamos entonces y por fin un mundo seguro. Pero para entonces, ya no quedaba nadie. Todo eran cadáveres. Fue entonces la tierra lo que tanto deseábamos: el cementerio más grande y seguro del universo.

Me lo he encontrado en el bus. Juan era un antiguo compañero de trabajo en una fábrica de muebles. Tiene mi misma edad, en el paro y con la misma suerte que yo en lo económico.

Me ha dicho que hoy estaba especialmente triste. No hacía más que repetir: La vida es una mierda, tío.

Después me ha confesado una cosa: Cada noche mi mujer me mira de una manera que no soporto, me hace creer que soy un inútil y sé no lo hace a propósito y lo peor, que estoy empezando a creer que lo soy.

Me cuenta que le ha salido un trabajo para estas fiestas. Un conocido le ha contratado (convencido que es seguro por la cara envejecida por el alcohol) como rey mago en una tienda.

Dice que lo que más le jodió fue contárselo a su mujer. Ella no paro de reírse durante un buen rato hasta que le salieron las lágrimas (porque a estas alturas tío, a las muy putas les cuesta hasta salir) y le dijo ella: Tiene gracia la vida, vas a ser rey mago y no tenemos dinero ni para regalar a los nietos algo decente.

¡Vaya rey mago de mierda!

A él no le hizo ni puta gracia. Me jura que después en la cama, a solas, lloró como nunca. ¿Sabes? Ella se duerme cada noche en el sofá mirando la tele a propósito para no coincidir conmigo. Lloré amargamente como un gilipollas— me repite. Dani, ¿qué va a ser de nosotros? —, me pregunta.

No lo sé Juan, no sé nada.

En cuanto baja del autobús, se mete en el bar. Le gustaban los carajillos de ron negro. Le quitaban el frío de las manos a las siete de la mañana en el invierno, decía. Imagino que ahora le quitarán la vergüenza.

Siempre necesitaba una ayudita, un empujón, un poco de coraje y el alcohol siempre se lo dio o quizá era todo lo contrario. No lo sé.

Adiós, Juan, y ánimo.

Hasta otra, Dani.

Es un viejito que se arregla exageradamente. Cada día se limpia los zapatos religiosamente hasta conseguir el brillo más increíble a pesar del dolor de manos. Se afeita y se peina lentamente, con sumo cuidado. Se mira al espejo y por fin cuando ya ve que todo está perfecto, se hace el último arreglo en el pañuelo del bolsillo. Sale a la calle, se dirige a la cafetería y se sienta en la misma mesa de todos los días, frente a la barra y como un niño 80 años, mira atentamente a la camarera cuando va de un sitio a otro, incluso de vez en cuando le guiña un ojo poniendo mucha atención en que solo ella le vea. Está resplandeciente, estirado, sentado con pose elegante y hace gestos exquisitos y precisos.

A la misma hora, cada día entra el novio de la camarera y a los pocos minutos él, se dispone a salir, no sin antes enviar un beso, un gesto tierno con los labios, mientras el novio después de entrar va a colgar la chaqueta al perchero. Ella le sonríe y le dice: Hasta mañana, guapo.

Hoy le he observado, no he podido dejar de hacerlo. He llegado tarde. Justo al girar la esquina de la calle, cuando yo iba y él se marchaba, lo he visto... Con sólo girar la esquina le han caído los hombros, se ha encorvado, le han venido todos los dolores del mundo y los años le han caído encima. La cara le ha envejecido al instante. Ha sacado del bolsillo del pantalón un pañuelo arrugado y se ha limpiado los ojos y la boca. Se ha apoyado en la pared esperando recuperar el resuello y al poco, ha retomado el camino. Al cruzarnos me ha dicho: Buenos días, caballero. Yo le he contestado: Hasta mañana.

Al contarle lo sucedido a la camarera tras irse el novio, por un instante no he sabido si sonreía o estaba triste y me ha dicho: Desde mañana, cuando se vaya, en la despedida, le daré un beso. Eso no me lo pierdo. Ver su cara, cómo se emociona. ¡Quizá hasta se ponga colorado! Mañana no llego tarde.

Para Milagros Santiago Hernández

Ve tú a saber por qué desde hace un tiempo los niños, de pequeños, parecen viejos y los mayores, niños. Por qué cada vez más, nadie no parece nada, ni a nadie le importa que nada parezcan.

O también, por qué extraña coincidencia las flores no huelen y sin embargo cada vez más la gente, aunque se lave, huele a podrido, tan mal.

Por qué cada vez miramos menos a lo lejos y nos miramos más en los espejos.

Por qué nos tiemblan los dedos al tocar, por qué no sabemos usar para nada las manos ni el cerebro, por qué al final solo usaremos un dedo estirado y en horizontal para acusar, o estirado, muy estirado y hacia arriba para insultar.

Por qué si todo está rígido y a punto de quebrarse, seguimos estirando cada uno para su orgullo.

Por qué se hace el amor poco y cuando no toca y nunca de sorpresa, a traición, a media noche y sin avisar, como locos.

Ve tú a saber por qué todo está cambiado, fuera de sitio o en lugar equivocado y a nadie le parece extraño. Por qué nos cobra por todo quien no paga por nada. Por qué nos da lecciones de amar quien nunca amó.

Por qué nos enseña quien nada entiende y nos quiere salvar quien se ahoga en un vaso de agua.

Ve tú a saber por qué no sabemos nada de nadie y no nos preocupa ni importa.

Por qué siempre nos callamos y no hacemos nada.

Ve tú a saber por qué.

Vengo de un tiempo sin luces, de apagados brillos. Vengo de un tiempo extraño. Un tiempo de cuando los primeros besos se daban bajo las escaleras y a oscuras. Tiempo de meternos mano en el cine los sábados tarde viendo doble función. Tiempo obligado de ir a misa, de confirmación, de llamarte María antes de lo que sea, de ir a la mili por cojones, de noviazgos largos, de matrimonio largo, de hacer hijos para la patria y para Dios. Vengo de un tiempo de jugar en solares y en el campo. De masturbarse, jugar en la calle y defenderse hasta la muerte, pero en grupo. De pertenecer a una banda enfrentada eternamente a otra banda.

Vengo de aquel tiempo retorcido y religioso, de banderas y consignas en la escuela, de cara al sol al entrar, de falso sindicato y de trabajo desde los 14.

Vengo de un tiempo extraño, soy extraño y me siento extraño, como entonces, como siempre, como ahora.

Pliegos de la palabra

- 01 Hemorragias
Javier Gm
- 02 Poemas de ficción, Darling
Yolanda Pérez Herreras
- 03 Campos de hielo
José A. Pamies
- 04 Musarañas azules en Babilonia
Begoña Abad de la Parte
- 05 Poemas del cuarto de baño
Teo Serna
- 06 24 horas
José Miguel Aguilar Giner
- 07 La vida que me queda
Cristina Carrasco García
- 08 Estorbar de gusto (4ª Edición)
Javier Gm
- 09 Una pelota de goma no es broma
Beatriz Borgia
- 10 Nubes y claros seguido de Pájaro sin rama
Eva Hiermaux
- 11 Mientras suena Beethoven
J. seafree
- 12 Escenarios para el conflicto
Félix Menkar
- 13 Nada es lo que parece
Javier Gm
- 14 De la soledad
Alfonso Aguado Ortuño
- 15 Quizá el amor
Shiro Dani
- 16 Petita por
Paco Matéu
- 17 La saliva de los versos
Carmen Maroto
- 18 Subrayando metáforas
María Jesús Montía
- 19 Pintadas
José L. Campal
- 20 A tres Voces
A. Masiá-B. Villanueva-M. Peiró
- 21 Abrazando a la mujer
Nuria Bordes
- 22 Bagatelas
Carlos Javier Cebrián
- 23 Ombligo, mundo y raíz
Iris Almenara

- 24 La otra puerta de la luna
José Montoro
- 25 Cronófago
Soledad Benages
- 26 Cupido, el yugo y las flechas
Víctor Reloba
- 27 101 cuentos particulares
Teo Serna

Este pliego Café con vistas de *Shiro Dani* se terminó de imprimir el diez de septiembre de dos mil diecisiete en el obrador del impresor Pepe Grau, en una primera edición de 100 ejemplares numerados y firmados, del 001 al 100

Ejemplar N° _____

BABILONIA



9 788494 679506